



WENOW' CHECHIMICERO AORAM

LA CUESTIÓN REGIONAL...  
 Fernando Sánchez Marroyo nos ilustra con bastante nitidez la fisio-  
 nomía y las razones de la emergencia del regionalismo extremeño en la  
 segunda gran crisis del sistema de la Restauración, señalando su gran com-  
 ponente municipal, su utilización por unas clases medias ilustradas, el ca-  
 rácter interclassista que pretendió darles, y sobre todo, su estrecha relación  
 con la cuestión agraria. En este sentido sorprende con qué contundencia  
 Reyes Huertas incorpora parte del debate regionalista a la trama de sus  
 novelas. Con palabras como "Extremadura" y "la que lleva a considerar — muy en la línea  
 del pensamiento conservador de la época — algo así como la quintaesencia

### La Extremadura de Reyes Huertas

El pasado mes de noviembre se cumplió el centenario del nacimiento del novelista extremeño Antonio Reyes Huertas, cuya obra haya posiblemente que considerar como el contrapunto narrativo de la poesía de Luis Chamizo. Con tal motivo, desde los medios de comunicación, se insistió en la necesidad de recuperar a este autor «injustamente olvidado», llegando a partir la convocatoria incluso de plataformas con un talante supuestamente avanzado. Confieso que tanta unanimidad me produjo un cierto desasosiego, porque la narrativa de nuestro escritor suele adolecer de todos los tópicos y fraseología huera que sobre Extremadura se han vertido y, lo que es peor, se siguen vertiendo. Aunque acaso esta contradicción sea solo aparente, habida cuenta de la indignancia teórica de que hace gala cierto progresismo local, que le lleva a echar mano, sin el más mínimo rubor, de planteamientos acuñados y puestos en circulación por el conservadurismo más pedestre. Quédese para otro momento, y mejores plumas, el análisis histórico de tan lamentable orfandad. Por ahora, nuestras pretensiones son mucho más modestas, y se derivan, pese a lo anteriormente dicho, del indudable interés sociológico del mundo narrativo creado por este novelista, así como de la evidente carga ideológica —en absoluto inocente— que rezuma toda su obra. Por todo ello sorprende que, a estas alturas, no haya sido objeto de un estudio en profundidad.

Nosotros no pretendemos tanto, pero sí vamos a manejar un censo suficientemente significativo de sus novelas, especialmente las aparecidas entre 1918 y 1926, con el ánimo de hacer patente la fisonomía de su extremeñismo conservador, condicionado por la crisis político-social de fines de la segunda década de nuestro siglo, su peculiar universo social, las pretendidas soluciones a la crisis, y las razones de la vigencia de sus planteamientos durante el franquismo.

(Ediciones Arca, Madrid, 1979)  
 3. Antonio Reyes Huertas, *La saga de la raza* (Ediciones Arca, Madrid, 1977), p. 174.  
 4. Antonio Reyes Huertas, *Agua de turbión* (Ediciones Arca, Madrid, 1977), p. 117.

## 1. LA CUESTION REGIONAL

Fernando Sánchez Marroyo nos ilustra con bastante nitidez la fisonomía y las razones de la emergencia del regionalismo extremeño en la segunda gran crisis del sistema de la Restauración, señalando su gran componente mimético, su utilización por unas clases medias ilustradas, el carácter interclasista que pretendió dársele, y, sobre todo, su estrecha relación con la cuestión agraria<sup>1</sup>. En este sentido, sorprende con qué contundencia Reyes Huertas incorpora parte del ideario regionalista a la trama de sus novelas. Con el mismo apasionado amor a la tierra, el novelista hace una alabanza de Extremadura, a la que llega a considerar —muy en la línea del pensamiento conservador de la época— algo así como la quintaesencia de España<sup>2</sup>. Tales son las ideas en las que abunda la que posiblemente sea la más leída de sus novelas, *La sangre de la raza*, donde el protagonista, en un soliloquio emocionado, evoca la contribución de la región a los fastos peninsulares:

«¡Extremadura!! Qué épica, qué heroica se le presentaba entonces a Medina esta región! Sufrida, noble, laboriosa e hidalga, ella parecía ser la mandataria de las otras regiones en las grandes empresas peninsulares. No satisfecha con escribir ella sólo la historia del Nuevo Mundo, ella asiste a todas las catástrofes y a todas las aventuras de la patria y en todas las palpitaciones de este alma nacional, cada latido lleva un eco de Extremadura»<sup>3</sup>.

Muy parecidos planteamientos alientan en *Agua de turbión*, donde la alabanza del terruño se hace un punto exclusivista, al insistir en unos supuestos rasgos diferenciales:

«Extremadura es la tierra grande, la tierra buena. No hay nada que se parezca a este paisaje extremeño (...). La sierra castellana es más austera, y la sierra andaluza es más graciosa. La sierra extremeña tiene una fisonomía especial: es más brava y ardiente que la castellana y es más seria y sencilla que la andaluza»<sup>4</sup>.

Rasgos diferenciales que —era de suponer— condicionan el devenir histórico de la región y el talante psicológico de sus grandes hombres:

1 Fernando Sánchez Marroyo, 'Regionalismo y cuestión agraria', *Norba*, II (Universidad de Extremadura, Cáceres 1981).

2 Véase en este sentido la obra de José López Prudencio, *Extremadura y España* (Ediciones Arqueros, Badajoz 1929).

3 Antonio Reyes Huertas, *La sangre de la raza* (Editorial Arqueros, Badajoz 1927) p. 174.

4 Antonio Reyes Huertas, *Agua de turbión* (Ediciones Hyma, Barcelona) p. 117.

«Por eso nuestros hombres son como son. Cortés no hubiera sido Cortés, si no hubiese nacido en Extremadura. Para ser así es necesario tener el pensamiento recio y fecundo como nuestros campos y el corazón generoso y poeta como nuestro sol»<sup>5</sup>.

Resumiendo, y por utilizar las palabras de uno de los personajes de Reyes Huertas, Extremadura «sería el regazo, el latido, el corazón de España»<sup>6</sup>, el recipiente de las esencias patrias que sólo se destaparía en los momentos estelares de nuestra historia. No obstante, dichas peculiaridades sólo justificarían, en todo caso, un regionalismo «sano», esto es, una simple descentralización, lo que concuerda con la mayoría de los esquemas autonomista del momento. Quizá sea en *Agua de turbión*, donde aparecen de forma más tajante estas profesiones de fe de extremeñismo no separatista, basado en la historia común por la que han pasado las partes integrantes de lo que hemos dado en llamar España. Por ello, uno de los héroes positivos de la novela comenta:

«la patria grande, España, la lleva en el corazón, más si cabe que Extremadura. Cree que es un crimen horrible renegar de la herencia y del genio de la raza. ¡Ya daría él a todos los separatistas! Cuando tantos hermanos han formado un hogar con las mismas empresas, con las mismas grandezas y los mismos dolores, no hay derecho a que ninguno de ellos reclame su herencia por separado y tuerza los destinos que la sangre y la historia han hecho comunes»<sup>7</sup>.

Como puede verse, toda la panoplia de argumentos basados en el prejuicio conservador de la «indisoluble unidad de la patria». Pero la oposición de nuestro escritor a este regionalismo separatista obedece también a la sospecha de que el radicalismo de sus formulaciones pueda traer aparejado lo que, actualmente, se ha venido en llamar «agravios comparativos». Es decir, el temor de que el maximalismo en las reivindicaciones pueda dar lugar a la aparición de situaciones de privilegio, en una hipotética remodelación del estado centralista. ¿Acaso no late esta sospecha en las palabras de Don Rafael, uno de los personajes de *Agua de turbión*?

«Extremadura es el corazón de España. Como es corazón no sabe más que latir en silencio. Otras regiones, en cambio son boca. Y otras son pies que se mueven, y otras son cabeza y se ponen encima de todo. ¡Nosotros no seremos nunca más que corazón!»<sup>8</sup>.

5 *Agua de turbión*, p. 118.

6 Antonio Reyes Huertas, *Fuente serena* (Ediciones Hyma, Barcelona 1946) p. 253.

7 *Agua de turbión*, pp. 19 y 20.

8 *Agua de turbión*, p. 200.

Lo que sería inadmisibile en una región que dio lo mejor de sí en aras del engrandecimiento patrio. Más aún, incluso en su situación de postración presente, Extremadura colabora al engrandecimiento de aquellas regiones que, curiosamente, parecen ejemplificar con más vehemencia el ideal separatista:

«...Extremadura entera reposaba también al sol, mostrando sus entrañas para dar oro de sus mieses y para que en otras regiones innumerables fábricas, en una actividad laboriosa y patriótica, enorgullecieran a España tejiendo las blancas y finísimas guedejas de sus vellones merino...»<sup>9</sup>.

Otro componente fácilmente detectable en las novelas de Reyes Huertas es su diagnóstico, claramente pesimista, de la situación de Extremadura, inquietud que, como sabemos, aflora en la mayor parte de las ideas regionalistas de la época. La situación es realmente insostenible: el caciquismo campa por sus respetos, a la política sólo se dedican los truhanes, y nuestros campesinos y labradores viven en un atraso espantoso. Arturo Rey, el escritor de *Blasón de almas*, se pregunta con razón, «quién puede decir a estas horas en Extremadura que no se sienta triste?». Posiblemente sea en esta novela donde encontramos las más contundente requisitoria contra tal estado de cosas y sus directos responsables:

«Nuestros directores viven al margen de toda comprensión. Con la emigración se despueblan nuestros campos, nuestras cosechas se las come la langosta, nuestros encinares están abrasados por la oruga. No tenemos vías de comunicación, nuestros diputados se suceden unos a otros y dan la sensación de no servir para otra cosa que para incapacitar concejales... Y clama la tierra de dolor y de angustia. Y nadie oye nada, nadie sabe nada, y lo que es peor aún, nadie quiere oír ni saber nada»<sup>10</sup>.

## 2. EL PROBLEMA AGRARIO

En esta última cita se echa de ver, como ya señaló Sánchez Marroyo en su referido artículo, la aparición de la cuestión agraria en los planteamientos regionalistas, íntimamente unida a la crítica del caciquismo y de la estolidez de cierta clase terrateniente, identificada con la institución del señorito, «ese chulo de corbata, verdadero patán vestido de ropa fina», como afirma de él uno de los personajes de *La ciénaga*, novela aparecida

<sup>9</sup> *La sangre de la raza*, p. 175.

<sup>10</sup> Antonio Reyes Huertas, *Blasón de almas* (Editorial Páez 1926).

en 1921. En *Los humildes senderos*, se llega a afirmar que caciquismo y absentismo son las verdaderas plagas de la región<sup>11</sup>, especialmente el último, porque se trataba de una dejación que revestía caracteres de vileza, porque significaba el abandono de los deberes cristianos de «una clase que se llamaba noble y rompía la tradición española huyendo del viejo solar»<sup>12</sup>, abrazando una vida urbana de placeres y disipación, con un concepto de la propiedad más propio de patricios romanos que de caballeros cristianos. Aunque el mayor reproche que cabría hacer a esta oligarquía sería su falta de iniciativas, su carencia de imaginación en la explotación de sus propiedades, origen de nuestra dependencia:

«¿No tenemos ahí un Guadiana caudaloso? ¿No tenemos ahí miles de arrobas de lana? ¿A quién se le ocurre poner un lavadero? Pues ya ven ustedes: sólo la operación de lavar las lanas sostiene en Cataluña una gran industria. Es que no hay sentido económico; todo el afán de los que tienen dinero es comprar tierras y más tierras, para no cuidarse de más. La pereza de la raza»<sup>13</sup>.

Idéntico planteamiento vuelve a aparecer en *La ciénaga*, novela social donde la desidia de algunos terratenientes vuelve a ser puesta en solfa, haciéndoles responsables de que en los pueblos no existan fábricas, de que se exporte la lana en bruto habiendo tanta agua para lavarla, de que den salida a las pieles para traer luego los curtidos, y de que vendan la grasa para luego comprar jabón<sup>14</sup>.

Finalmente, en esta breve revista por los horrores del subdesarrollo, la alusión a otras dos lacras del campo extremeño en estrecha relación con el absentismo: la explotación por arrendamientos y la usura. La crítica de los rentistas aparece durante formulada en *La ciénaga*, donde se ataca a esta figura por extorsionadora e inútil, ya que «daba sólo una posibilidad a cambio de un fruto cierto», y actuaba con tal impunidad que para ellos «no había restricciones, ni leyes, ni nada, con los contratos a todo riesgo y ventura»<sup>15</sup>. Y como derivación lógica, teniendo en cuenta la situación de miseria crónica del campesino, la aparición de la usura. En Alcores del Prior, universo social en el que se desarrolla la acción de *Agua de turbión*, «presta el secretario, presta el comerciante, prestan los otros labradores desahogados (...) al diez, al doce, al quince por ciento»<sup>16</sup>.

<sup>11</sup> Antonio Reyes Huertas, *Los humildes senderos* (Ediciones Hyma, Barcelona 1943) p. 16.

<sup>12</sup> *Fuente serena*, p. 164.

<sup>13</sup> *La sangre de la raza*, p. 108.

<sup>14</sup> Antonio Reyes Huertas, *La ciénaga* (Ediciones Hispanoamericanas, Madrid 1921) p. 65.

<sup>15</sup> *La ciénaga*, p. 167.

<sup>16</sup> *Agua de turbión*, p. 119.

Por todo lo expuesto, es difícil sustraerse a la tentación de ver en este ferviente alegato claras conexiones con el credo regeneracionista, lo que no es extraño, puesto que «regeneracionismo y regionalismo aparecen tan imbricados que resulta difícil dilucidar qué pertenece a cada uno»<sup>17</sup>. Y desde luego, la crítica regeneracionista desde perspectiva costiana no era nueva en Extremadura. Piénsese en la demoledora contundencia con que Felipe Trigo, en *Jarrapellejos*, denuncia el entramado caciquil de principios de siglo. No obstante, como ya observó Angel Sánchez Pascual, en breve pero enjundioso artículo<sup>18</sup>, las soluciones que proponen son bastante diferentes, dependiendo de sus distintas concepciones ideológicas: la extirpación del caciquismo en F. Trigo, el recurso a una vaga fraternidad universal y la vuelta a las formas de vida de una arcádica Extremadura, en Reyes Huertas. En suma, se nos antoja que nuestro novelista es incapaz de sacar las pertinentes conclusiones que sería lógico esperar de una crítica previa que debe tanto al mejor regeneracionismo. De todas formas, preferimos dejar para más adelante el estudio de sus propuestas de solución al problema extremeño.

### 3. EL FANTASMA DE LA SUBVERSION

Por el momento interesa detenerse en el hecho de que las novelas que venimos comentando levantan acta también de un fenómeno de pánico social particularmente agudo durante el denominado Trienio Bolchevique, originado por la actitud insumisa del campesino extremeño. El miedo a la revolución alienta en el discurso de muchos de los personajes. Alfonso Durán, protagonista de *La ciénaga*, llega a decir que «la revolución se tocaba, se respiraba ya en todas partes»<sup>19</sup>. En *La sangre de la raza*, el boticario, tras criticar la falta de iniciativas de los grandes propietarios, dice proféticamente que «así se oye lo que se oye y vendrá lo que vendrá»<sup>20</sup>. En *Blasón de almas*, el notario de Villaserena se chanea de los prohombres de la localidad, describiéndoles con tintes apocalípticos los primeros expedientes de un supuesto gobierno revolucionario:

«La primera medida del gobierno era llevar a trabajar a las minas a todo aquel que tuviese una dehesa y no demostrase cumplidamente que él o a lo más su padre la había adquirido con el sudor de su frente»<sup>21</sup>.

17 Fernando Sánchez Marroyo, art. cit., p. 287.

18 Angel Sánchez Pascual, 'De Jarrapellejos a *La sangre de la raza*', *Alminar* revista de cultura de la Institución Pedro de Valencia y del periódico HOY, n.º 15, mayo de 1980.

19 *La ciénaga*, p. 87.

20 *La sangre de la raza*, p. 110.

21 *Blasón de almas*, p. 173.

Este miedo a la subversión del orden establecido le lleva, como era previsible, a descalificar con argumentos bastante primarios la más remota posibilidad de transformación radical del panorama social y político del país, en la línea del pensamiento conservador más reaccionario. En la primera de sus novelas, *Lo que está en el corazón*, aunque Extremadura sólo existe como telón de fondo apenas presente, aparece un buen repertorio de las ideas sociales del escritor de Campanario. El argumento es muy simple: el protagonista, Luis Ulloa, abandona el seminario al sentir que carece de vocación. Tras colaborar en varios periódicos, se adscribe al socialismo. Participa, como dirigente, en un intento revolucionario, y, horrorizado por las tropelías de la husma (asesinatos, violaciones, incendios de iglesias y conventos, destrucción de obras de arte, etc.), y asqueado por la inconsecuencia y cobardía de los demás agitadores, sufre una tremenda conmoción espiritual. Tras ser herido en la algarada, es atendido por la monja Sor Patrocinio que, con la ayuda del Padre Aguilera, consigue repescar al iluso para la buena causa. Todo ello convenientemente adobado con los tópicos más elementales sobre el problema social, puestos en circulación por la oligarquía de la época: cobardía de los dirigentes, que soliviantan a la masa y luego la dejan en la estacada; su venalidad y conducta corrupta; la consideración de la más mínima protesta social como algo orquestado allende nuestras fronteras (muy en la línea de esa interpretación policíaca de la Historia de que nos habla el maestro Tuñón de Lara, o del «estilo paranoico», que cita Raymond Carr, tan caros a nuestra derecha eterna); la imposibilidad de un sistema social más igualitario... En relación a este último aspecto, réparese en las palabras del mencionado padre Aguilera, respondiendo a los deseos de una sociedad más justa, manifestados por el joven descarriado:

«—Igualdad. Iguales somos todos los hombres en naturaleza. Iguales somos en nacer, e iguales somos en morir. También seremos iguales en el Reino de Cristo, pero el Reino de Cristo, ya lo sabes: no es de este mundo»<sup>22</sup>.

Porque mientras los hombres no sean ángeles, la sociedad ha de permanecer tal como está instituida, «con sus diferencias de clase, con sus desigualdades que son hasta necesarias para guardar su equilibrio»<sup>23</sup>. Es decir, la Iglesia se nos aparece en estos textos como clara legitimadora de un orden social injusto, y cuando acudimos, una vez más, al contrapunto de las novelas de F. Trigo, sobre todo *Jarrapellejos*, con su crítica despiadada del papel del clero como apagafuegos del malestar social al servicio de los

22 Antonio Reyes Huertas, *Lo que está en el corazón* (Imprenta Clásica Española, Madrid 1918) p. 297.

23 *Lo que está en el corazón*, p. 304.

puedientes, nos damos cuenta del abismo que separa los planteamientos de ambos autores.

En las novelas objeto de nuestro estudio, de temática más genuinamente extremeña, existe además otro argumento del que se sirve Reyes Huertas para descalificar cualquier tipo de cambio: esto es, la identificación en bestialidad, egoísmo y malos instintos de opresores y oprimidos, de forma que toda transformación, amén de criminal, sería inútil, ya que devendría inevitablemente en nueva tiranía. El protagonista de *La ciénaga* se pregunta amargamente, al comprobar el egoísmo de los explotados.

«¿Y esta era la gente del porvenir? ¿Y para estos hombres se reñían batallas, se deponían valores culturales y exprimían su cerebro los economistas?»<sup>24</sup>.

En *La sangre de la raza*, Frasco, uno de los personajes más serviles de los creados por Reyes Huertas, se queja de que se estén perdiendo las viejas virtudes, de que ya no se trabaja como antes, de que «too son parás y que si ellos tienen derecho a esto y a lo otro, y que si los ricos son asina, y que too es de toos, y que si el día que venga la república...»<sup>25</sup>. Y es que, se sorprende el mismo personaje, las nuevas ideas han picardeado tanto a los colonos, que ya no quieren ni besar la mano del señorito. Y este último, el terrateniente Cesar Medina, comparte punto por punto los criterios de su criado:

«La gente no era ya como era antes. Habían bastardeado sus sentimientos. No había ya aquel apego, aquel cariño, aquella veneración de los criados a sus amos, aquel respeto del pueblo a las clases altas»<sup>26</sup>.

Es decir, todo un mundo de dependencia y sumisión que se cuarteja ante los embates de las nuevas ideas, que llevan camino de volver el mundo al revés, de trastocar todo un sistema de valores. No obstante, no todo se derrumba ya que, afortunadamente, todavía queda en el pueblo extremeño un sustrato de pureza incontaminada, vestigio de otro tiempo en que las cosas eran bien distintas. Frasco sería el símbolo de ese antiguo pueblo extremeño, «noble, sincero, ingenuo, apegado a la tradición como un culto sagrado»<sup>27</sup>. Algo así como su igual de *Fuente serena*, Chosco, en el que Reyes Huertas personifica las virtudes de la raza, haciéndole afirmar que «una orden del amo la cumplimos sin rechistar; el amo sabe siempre más que nosotros»<sup>28</sup>.

24 *La ciénaga*, p. 112.

25 *La sangre de la raza*, p. 187.

26 *La sangre de la raza*, p. 234.

27 *La sangre de la raza*, p. 120.

28 *Fuente serena*, p. 75.

#### 4. ALTERNATIVAS

Pues bien, en estrecha relación con esta evocación de un tiempo ido, se encuentran algunas de las propuestas de solución de Reyes Huertas al problema social en general, y a la situación de Extremadura en concreto. Porque esta nostalgia de un mundo distinto parece querer centrarla en una época anterior al sistema capitalista, del que abominan muchos de sus personajes porque en él sólo impera la ley del más fuerte y se glorifica el materialismo más abyecto. Nostalgia de una época idílica en la que, parafraseando al novelista, imperaba el austero y castizo vivir español de nuestros ancestros. Y todo ello hasta que la placidez de esta Arcadia feliz vino a ser turbada por lo que algunos ilusos llaman progreso, tomando éste la forma de la malhadada desamortización:

«Y aquellas dehesas del concejo donde tenían las mies, donde desplegaban el abanico de oro del trigo y hendían con el hacha el tronco de la encina, donde pacían el propio merino y la vaca familiar y un régimen comunal hacía de la aldea un símbolo del patriarcado, estas dehesas donde todos hallaban salud, abundancia, trabajo y bienestar, las arrancó el progreso de las manos de todos juntos y las depositó en las de uno sólo que constriñó la austera e hidalga vida al recinto de los ya míseros hogares y a los límites de las heredades muradas con toscos cantos de granito»<sup>29</sup>.

De forma que los desgraciados de hoy día debían envidiar aquellos tiempos en que los señores feudales gobernaban despóticamente la gleba, puesto que, al menos, no estaban exentos de cierta grandeza, derivada de la elevación a norma de conducta del heroísmo y el valor personal; en tanto que «hoy el despotismo se escuda en jueces y alcaldes, con corchetes y magistrados»<sup>30</sup>. Es decir, el típico reaccionarismo que parece pretender escamotear la fisonomía pavorosa del problema social y las urgentes soluciones que éste demanda, remitiendo a las pretendidas bondades de un tiempo ido, por lo demás, perfectamente falso, puesto que nunca revistió las características idílicas que nuestro escritor le atribuye. En cualquier caso, y por muy inconsistente y anacrónica que la propuesta pueda parecer, téngase presente que parte de las soluciones que ofrece al problema social son, en gran medida, derivación de este intento de rectificación histórica. Por ejemplo, el problema del absentismo sería de fácil solución, si la aristocracia extremeña afianzara aquí su señorío, en la tierra pródiga. Así se haría patria verdaderamente y el sentido del bien estaría inspirado en el

29 *Los humildes senderos*, p. 7.

30 *Los humildes senderos*, p. 16.

amor a la tierra, dando lugar a una nueva fraternidad entre los hombres y a una España «más grande, con sus campiñas pobladas de castillo hospitalarios»<sup>31</sup>. Sólo bajo esta perspectiva, la propiedad adquiriría una justificación, derivada de su función social, creando empleo, riqueza, y atenuando las insultantes desigualdades sociales, porque

«...los que por su posición y su cultura estaban en la cumbre de la sociedad tenían el deber, más principalmente que otros, de dar ejemplo, de cumplir las leyes y dejar la sensación de que su propiedad, que tanto defendían no era un atentado a la vida de los demás»<sup>32</sup>.

Y es aquí donde aparecerá el único aspecto relativamente avanzado de la propuesta de Reyes Huertas: la necesidad de una renovación de las explotaciones agrarias, la aplicación de métodos científicos a su cultivo, la modernización, en suma, del agro extremeño, como forma de legitimación de la gran propiedad. Esta adecuación a los tiempos que corren funcionaría como una suerte de bálsamo de Fierabrás que vendría a atenuar el desasosiego social. No otras son las reflexiones que se hace el ingeniero Carlos Torcal en *Blasón de almas*:

«Traería máquinas, implantaría reformas, intensificaría los métodos de la producción. Y, yendo derecho a la raíz de los conflictos, con su fraternidad, con su comprensión y el concepto de los destinos del hombre, se rodearía de afectos y gratitudes, demostrando que en la sociedad actual ha de imperar un sentido civilizado de la riqueza para vivir en paz»<sup>33</sup>.

Por supuesto, ni la más mínima alusión a la reforma agraria —si no es para denostar— que pudiera poner en entredicho el sacrosanto principio de propiedad; ni siquiera en su versión más templada de «expropiación por utilidad social», como gustaban de esgrimir los pronombres del movimiento regionalista extremeño.

Todas estas medidas, que se pretenden de arbitrio social, deben ser completadas con un mejor trato a los subordinados por parte de sus señores naturales, con una suerte de filantropismo paternalista que les haga olvidar su condición de dependientes. No hay nada tan nocivo —por humillante—, dice el aristócrata protagonista de *Lucas de cristal*, que estarles recordando continuamente a los servidores la inferioridad de su condición<sup>34</sup>, ya que,

31 *Agua de turbión*, p. 165.

32 *La ciénaga*, p. 125.

33 *Blasón de almas*, p. 333.

34 Antonio Reyes Huertas, *Lucas de cristal* (Ediciones Hyma, Barcelona 1943) p. 115.

a fin de cuentas, esta raza extremeña está provista de una santa conformidad, cuya única aspiración es ganar un jornal para pagar las contribuciones. Y ya se echará de ver que tras este clasismo sin tapujos, lo que se esconde es una muy profunda creencia en la radical desigualdad de los seres humanos y en el mantenimiento de una sociedad fuertemente jerarquizada. En este sentido es en *La ciénaga* donde encontramos la más descarnada y cruel declaración de principios, cuando Alfredo Durán confiesa paladinamente que se siente incapaz de condenar a los ricos por el mero hecho de serlo, ya que a ellos debía su refinamiento y distinción:

«Si él se consideraba superior a un campesino tosco y podía alardear de sentimientos más pulcros, era por la convivencia con los ricos, a cuyas influencias se debían las artes, el sentido de la belleza y las gloriosas conquistas del pensamiento científico»<sup>35</sup>.

Finalmente, cabría preguntarse cuál sería el papel que la Iglesia y sus ministros representan en el universo novelesco de Reyes Huertas. Reconocemos que la pregunta pudiera parecer superflua, teniendo en cuenta los presupuestos conservadores de que parte el novelista, pero hemos decidido traerla a colación porque ello nos permitirá establecer un paralelismo con *Jarrapellejos*, la novela de F. Trigo que, como es sabido, pretende también levantar acta de la realidad extremeña.

En efecto, en las novelas de Reyes Huertas la Iglesia aparece como aparato legitimador —y de que forma!— de unas estructuras sociales injustas; papel que queda patente en *Lo que está en el corazón*, aunque de forma soterrada se deja sentir en un gran número de sus novelas, en las que las lacras sociales se suelen atribuir, de forma bastante burda, a los pecados de los hombres y no a la mala organización social. La diferencia con F. Trigo radica en que este realiza en su conocida novela una tremenda denuncia de aquellos, que sirviéndose de muy diversos mecanismos de control social —particularmente eficaces en el medio rural— predicán la cristiana resignación y la sumisión al orden establecido, como si la solución de los problemas que aquejan a los hombres pudiese ser escamoteada al reino de este mundo.

## 5. A MODO DE CONCLUSION

En fin, en breve resumen, quisiéramos establecer las siguientes conclusiones sobre las novelas de Reyes Huertas objeto de nuestro trabajo:

35 *La ciénaga*, p. 174.

- En ellas aparece patente la influencia del movimiento regionalista que, de carácter en gran medida mimético, aparece en Extremadura, coincidiendo con la segunda gran crisis del sistema de la Restauración.
- Este regionalismo se nos aparece en su versión más conservadora, aceptable a los intereses de la oligarquía local, y ello a despecho de la pátina regeneracionista y del mayor o menor éxito popular de sus novelas.
- El prurito regionalista surge fuertemente condicionado por la cuestión agraria y el pánico social que suscita en los medios conservadores del campo extremeño.
- Por todo ello, su alternativa a la situación social de Extremadura no llega a rozar, ni con mucho, el más modesto reformismo, contentándose, las más de las veces, con proponer como salida a la crisis la vuelta a unas supuestas virtudes señoriales hoy perdidas, el amor a la tierra, o ambiguas apelaciones a una vaga e imprecisa fraternidad universal.
- El indudable papel justificador de un orden social injusto, representado por parte de la Iglesia y sus ministros.

Todo ello explicaría la gran aceptación que las novelas de Reyes Huertas tuvieron en los medios oficiales franquistas en los años cuarenta y cincuenta, época caracterizada, como es sabido, por los intentos de recuperar todo lo que de castizo y reaccionario el país había dado de sí. Y es que las novelas de nuestro autor, con su glorificación de un ayer heroico y señorial, venían a coincidir punto por punto con aquella concepción de la Historia típica del régimen franquista caracterizada por la mitificación de unas sociedades rurales precapitalistas, donde las élites protagonistas serían una mezcla de «mitad monjes, mitad soldados». Porque resulta muy difícil sustraerse a la sospecha de que tras la mayor parte de estas novelas alienta un no disimulado deseo de obviar los problemas del presente, mediante propuestas de un escapismo rosa bastante primario. Y querríamos aportar una confirmación de lo que decimos recurriendo, para terminar, a la novela *Luces de cristal*, publicada por primera vez en 1943. Se trata de una obra que, aunque localizada en Extremadura (nada menos que en Guadalupe) trata de los entresijos del gran mundo: los amoríos entre Don Pablo de Montiel, conde de Langoa, y la señorita Ernestina Valdivieso, duquesa de Anzules, que se complacen en pasear su neurastenia por un terruño cutre y montaraz hasta que —ya se habrá supuesto— el amor acaba por redi-

mirles. Novela, como se ve, dentro del más puro camuflaje y que hoy se nos presenta como insoportable impostura, en unos tiempos (1943) poco propicios para la lírica: son los años del hambre, del estraperlo y el mercado negro, de la tuberculosis y el tifus, de elevadas tasas de mortalidad infantil... etc. Y que Reyes Huertas conocía suficientemente esta realidad nos lo demuestra la carta que, con fecha 10 de agosto de 1945, envía a su amigo Manuel Monterrey:

«No me extraña cuanto me dices de la carestía de la vida por ahí. Hoy no sólo en las capitales, sino hasta en los pueblos, sin excepción, se ha desatado la avaricia, que ya cuesta todo tanto o más que en Madrid. Acaso menos en Madrid, pues aquí hay cosas que se adquieren mucho más económicas que en los pueblos. De cualquier forma, las perspectivas del próxima invierno son aterradoras»<sup>36</sup>.

Después de todo lo expuesto, quizá se pueda entender nuestra perplejidad inicial de que la recuperación de un Reyes Huertas «injustamente olvidado», pueda ser propuesto como uno de los objetivos culturales del momento.

JOSE RAYA TELLEZ

<sup>36</sup> Enrique Segura Covarsi, 'Para un estudio crítico-biográfico del novelista Antonio Reyes Huertas', *REEX* (1953) p. 352.